

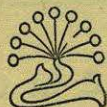
triunfadores volvéis de la contienda
al exiguo solar que nos dejaron;
lienzos llenos de amor como una ofrenda,
manos que amor y fuerza les pasaron...

Así un fragor de vida renaciente
surja al arrimo vuestro visionario
y á España se le limpien las cegueras,

ó seréis desdeñados fatalmente,
lienzos, de oficio trágico, sudario,
y manos que evocáis, sepultureras.



Odas de la ciudad



Se empieza el canto á la ciudad



Quiero de hoy más cantaros, supremas armonías
de las plazas en fiebre y las abiertas vías,
y los hombres, movidos de extrañas fantasías,
que siembran por los aires las nuevas teorías.

Quiero hacer tus vendimias, ¡oh viña soberana,
donde una virtud nueva al vecindario hermana!
Quiero labrarte un templo, forjarte una campana,
¡oh moderna deidad!, gran alma ciudadana.

Tú has tocado mi frente, yo me he hecho tu cruzado;
á tu gloria mi gloria el destino ha ligado;
si en un altar te pongo, si lo beso humillado,
con sangre de mis venas tu púrpura he mojado.

Nada hay en ti — Deidad de los futuros días —
que derrote ó denigre nuestras almas bravías;
tu nombre no invocaron antiguas profecías;
antes de que existieran los hombres, no existías.

Toda eres obra nuestra, sin mácula inicial;
la Humanidad te engendra, Minerva colosal,
y en tu Olimpo, desnudo de pompa vegetal,
el hierro se une al triunfo del mármol y el cristal.

Los frutos de la tierra desdeñas por ofrenda,
rechazas al mendigo que hamponea en la senda...
Comiencen tus devotos espiritual contienda
y surja un confesor tuyo en cada vivienda...

¡Oh, divino esplendor del espíritu humano!
¡Liturgia misteriosa del movimiento urbano!
¡Clara Deidad, que tiendes con generosa mano
sobre todas las cunas el manto ciudadano!

Por ti somos más que hombres, Deidad; yo te bendigo.
Mis cantos serán tuyos, y el cielo me es testigo
de que una emoción nueva me agita cuando digo:
«¡Dondequiera que vaya, mi Ciudad va conmigo!»



Evocación



Vuelve de sus campiñas cansado el campesino;
se ha parado tres veces en el agrío camino:
primero á beber agua, después á beber vino,
después á ver los campos, como buen campesino.

La numerosa prole le espera en el hogar;
sobre la mesa negra los trastos del yantar;
agua y vino y legumbres que se han de aderezar
y el guiso de la carne que humea en el hogar.

La cena se prolonga como todos los días;
los campos están yermos y las cepas brávias
no quieren aguaceros, menos quieren sequías;
— los rapaces se duermen como todos los días.

Pega en la mesa con el puño el campesino,
despiertan los rapaces al golpe repentino,
gruñe un can, arañando la puerta del molino;
— como les ve despiertos, les habla el campesino.

La madre acude al logro de aquella novedad;
de lo que el viejo cuenta no ha visto en su heredad;
las palabras no dicen cosas de realidad;
los sonidos campean con igual novedad.

No es hablar de cosechas ni de trigos perdidos;
 todo va adentro sin entrar por los sentidos:
 «libertad, opinión, deber, ley. . .» ¡qué sonidos!
 No es hablar de cosechas ni de trigos perdidos.

Los rapaces no duermen con la curiosidad. . .
 El campesino dice recuerdos de Ciudad.



Vigilia



Las naturales energías ceden
 á la jornada de labor . . . Se extingue
 la luz en mis cristales . . . Flota el humo
 de mi tabaco, en hebras, por el aire
 y en la pesada gasa envuelve el sueño
 las seducciones de su muerte. . . — Alzando
 el cortinón de vieja estofa, Sylvia
 se deja ver. — Humea el licor negro
 en la liviana taza; se destría
 la luz, hiriendo la azafata argétea,
 y mientras el aroma especioso
 las rendidas potencias estimula
 en un alarde tropical, el ruido
 de plata y porcelana, entrechocando
 al ritmo suave del andar de Sylvia,
 finge campanas, cuyo son empuja
 los rebañíos del sueño á los rincones . .





La lejanía



Cae la tarde... Quemadme en pebeteros
canela roja y sándalo oloroso;
tornadme el aire denso y especioso
con mirra y cinamomo en los braseros.

Ardan en mi hosca intimidad los cueros
de los sillones grandes. Surja, ocioso
de algún rincón del *hall* esplendoroso
un negro de Numidia de ojos fieros.

Té de Ceylán en la fayenza roja
ponedme á hervir... Y abridme bien la puerta
y yo la vea, abierta, en los espejos...

A ver si logro, al fin, que se descoja
en este ornato, aparición incierta,
tu alma sutil, de la que estoy tan lejos...




Nuevo fervor



Esquivo á todo empeño de mis días,
de entre unas peñas que rodean mirtos
y en una paz que no fué nunca humana,
dejo correr el hilo de mis versos,
cantando para mí... De extrañas tierras
y de ciudades que yo he visto en libros,
y de costas y mares que no tienen
nuestras estrellas, el amigo torna.
Cruza la estancia, en agrio son de exóticas
entonaciones, su excitante verbo,
que evoca los países recorridos...
Y al salir él y al encontrarme solo
con mi fuente de mirtos solamente,
labro, del dejo de su verbo, un vaso
nostálgico, vibrante de exotismos,
y en el caudal que estéril se perdía,
piadosamente á su intención lo lleno...






Ornato arcaico



Sobre el desnudo roble de la mesa
donde escribo, ha tendido esta mañana
Sylvia la franja de bordada seda
que noblemente coronó en su origen
un tapiz del quinientos, italiano...
Y así los metros de mi lira, acordes,
como hechizados de un hechizo arcaico,
tienen hoy un resabio á mármol blanco
y á Humanidades del Renacimiento...
Y será todo el día, Sylvia amable,
no como si escribiera en esta mesa,
pero como si hablara á multitudes
fastuosas y en el habla florentinas,
adelantando el gesto mío, sobre
la cornisa de un arco de aquel tiempo...



En un noble simulacro (*)



Pifano heroico,
suena rasgando el aire urbano;
pifano heroico,
¡pifano heroico y castellanol

Canta en la tarde,
canta en la tarde profanada,
el canto aquel que marcialmente
suena á conquista de Granada.

Pifano austero,
canta en la tarde;
pifano austero,
téplame el ánimo cobarde.

Pifano solo,
en lá solemnidad tremenda;
pifano solo,
¡evoca toda la leyenda!

(*) Caballeros de Calatrava vestían el hábito aquella tarde.
El pifano de los Alabarderos, sonando en el aire con sol de la
calle de Alcalá, motivó estos versos.

¡Que del Monarca
no vea el séquito encorvado!
¡Que, en lugar de él, su puño heroico
crispen el Cid y Maldonado!

Pífano ardiente,
insiste en la ardua letanía;
pífano ardiente,
¡devuélveme la Patria mía!

Patria de acero
para las manos soberanas;
Patria hecha al fuego, como el acero
de sus espadas toledanas...

Pífano heroico,
suena, rasgando el aire urbano;
pífano heroico,
¡pífano heroico y castellano!



À Barcelona

(En los comienzos de su reforma)



I

Decoraré las puertas de mi casa
en este día; y quemaré en mis llares
encina de los bosques armoniosos
donde te amé, mujer, y el hijo mío
guardará la memoria del suceso
toda, como es de honor, envuelta en llamas.

II

La montañesa recia, en cuyos hombros
él cabalgó, como en dorada yegua
— que ampararé por esta remembranza —,
nos trajo la noticia. Ya no existe
la casa del rincón de la plazuela,
enana, baja, de la puerta exigua,
de las salas sin luz, toda plebeya
en su lisa fachada indecorosa...

Ni la palma torcida y polvorienta
 atada en unos hierros, ni aquel ramo
 de pino en el portal de la taberna,
 ni las cuatro macetas de geranios
 de las ventanas altas, donde había
 la cara de sibila de una vieja
 todas las tardes, le valieron gracia.
 Cayó, deshecha en polvo; un clamoreo
 se alzó en la gente que miraba, cuando,
 al golpe audaz del man-obrero recio,
 resonaron, partiéndose, las tejas.
 Hundióse la techumbre, levantando
 nubes de polvo al aire, que flotaban
 — incienso de una nueva ceremonia —
 sobre el montón de ruinas... Y la casa,
 inundados de sol los cuatro muros
 por la primera vez, sintió vergüenza
 de sus paredes lisas, sin decoro;
 de su orfandad, y de las manchas negras
 que, lastimosa huella de su paso,
 dejaron sus antiguos moradores
 — único templo suyo — en las cocinas.

En su recinto augusto, la gran plaza,
 dilatándose, exulta y tiene un gesto:
 — ¡Piedra y mármol en mí, que soy marmóreal,
 ¡piedra y mármol; y un alto monumento
 á cuyos pies jueguen los niños!... ¡Nunca
 vuelva á ahogarse mi espíritu en vosotras,
 viejas paredes, obra de suburbio!

III

Fiebre, pujanza, estrépito diurno
 de un extremo y del otro... Y la gran calle
 de ruinas, desdentados los cimientos,
 blanca como un osario, da á los aires,
 mate y sin voz, su liviandad cinerea.
 — Hijo de la Ciudad, levanta el pecho
 sobre esta destrucción. Que no volcanes,
 que no tumulto de aguas, ni bramido
 de incendio agosto en dominantes llamas,
 ni rigores de guerra, ni otra suerte
 de fuerza esquivia y rústica son causa
 de esta desolación, sino tu brazo.
 Hijo de la Ciudad, ¡dolor que el tiempo
 con otros paños reemplazó la toga
 y te arrancó la púrpura y ha puesto,
 por modos nuevos, un arreo nuevo,
 en lugar de la túnica, en tu busto!
 Porque irguiéndote ahora en la colina
 y contemplando las devastaciones
 de la urbe muerta, aquel divino Padre
 del orgullo, Nerón, te envidiaría...

IV

Vasto camino es la Ciudad; y deja
 huellas en él, atravesando sobre
 calles y plazas y livianas obras,
 el carro gigantesco donde triunfa
 su espíritu. Estas líneas polvorientas
 de muros triturados, de techumbres

abatidas, están marcando el paso
del Carro agosto, como en los senderos
de la montaña, los relejes hondos
que dibuja en el fango, hablan del paso
de la carreta lenta... Aplica todos
tus entusiasmos al momento grande
de la Ciudad y sé, á la par con ella,
renovador, hijo de sus dominios.

V

Porque en el gran trasiego, en estos días
en que ella iguala al Tiempo, devorando
sus propios hijos, la Ciudad heroica
te es maestra, á la vez, y te es doctrina.
No cabía su espíritu en los antros
del espíritu viejo y los destroza...
Así, en la gran pujanza milagrosa
de la germinación, rompe las bóvedas
de la semilla el tallo poderoso
y en la divina luz se abre la espiga...
¡Vetustas casas muertas!... Ahora palpo
vuestra belleza, humilde siembra, grano
de nuestros padres, en que arraigo hicieron
las espigas de oro que hoy nos granan...
Ahora dejo correr piadosamente
las lágrimas que atrás contuve heroico,
y en el polvo de huesos que os tapiza,
paterna herencia, pongo mis dos labios.
Ahora siento, al pisaros, infinitas
sugestiones de antaño, y en vosotras,
como en un mausoleo, aspiro el fiero
relente á eternidad que da la muerte...

Para vosotras labro un amplio verso
áureo y granado como las espigas,
y me abandono á la nostalgia grave
que, cuando niño, me llenaba, al verte,
viejecita con cara de sibila,
detrás de tus macetas de geranios...

VI

Sed conmigo á pedirlo, y así os oigan. —

Quiero, acabada la obra innovadora,
en el lugar donde se alzaba el muro
más viejo de la urbe derruida,
ver una fuente blanca; mármol nuestro
á memoria perpetua cometido.
— Y mane siempre del sonante caño
generoso caudal, y el agua sea
alma de la Ciudad, imagen tuya.
Y venga á luz y la decore el día
después de atravesar, tomando un dejo,
las paternas cenizas sacrosantas.





Las Plazas



Ancho recinto sin bóvedas, plazas de estrépito llenas,
¡oh, golfos donde se abre la idea civil!

Ni utilidad, ni bajo interés de descanso mezquino
buscó en vosotros, ávida, la Humanidad.

Círculos anchos al ritmo del paso ordinario y medido,
cerco superfluo á las alas del alma rural,

cáliz marmóreo en que hierve agitado el espíritu urbano,
¡oh, Plazas!, sois el ara de la Ciudad. . .

Música de oro sonante en la luz vuestro pecho dilata;
nace en vosotros férvida la Multitud. . .

Nunca os cruzó del Tirano con armas el pálido espectro
sin un temblor de miedo en su alma fatal. . .

Y cuando os rompe esta calma suprema la fuerza estallando,
púrpura ardiente, la sangre brilla á la luz.

Mástil de un viejo navío que arrojan potentes las olas
señal de oscuros náufragos fuera del mar,

de vuestro seno arrojáis, ¡oh, Plazas!, el acre egoísmo,
leña que cruje sólo nutriendo el Hogar.

En vuestros ámbitos suena sin trabas la voz del tribuno;
libre cruzaros deja el Poeta su voz;

aquél á todos junta en un único cuerpo glorioso;
á todos éste un único espíritu da. . .

Vuelca en vosotras, pasando, sus mágicas urnas de oro,
Deidad de un nuevo culto la vida mundial.

Y en vuestras fuentes beben sin tasa las cívicas almas,
fuerte y glorioso vino, el amor de la acción. . .

En vuestros bancos vienen á unirse pasado y futuro;
viejos y niños: santa legión inactual. . .

Todo el que os cruza deja, divino ofertorio inconsciente,
flotando en los aires vuestros su propia virtud. . .

Ancha basílica, augusto alcázar del tráfico urbano,
donde el pilluelo vibra el puñal de su voz,

mármol y piedra en columnas y cobre y madera y acero,
toda materia torna en espíritu aquí. . .

¡Oh, nobles Plazas, Templos de enormes pilares vetustos!
El alma infante busca en vosotros á Dios;

pero, atendiento á nutrirla de un laico humanismo solemne,
vuestras estatuas visten la ropa civil. . .



Las Catedrales



Como en el horizonte surgen los peñascales
y levantan al cielo los cuencos colosales
á buscar luz de sol y agua de temporales,
en la vasta ciudad surgen las Catedrales.

Lugares de reposo sin pena de clausura,
candideces de mármol en la humana negrura,
inextinguibles hornos de pan con levadura
serán las Catedrales de la Ciudad futura.

Correrán en arroyo las pilas bautismales,
todos nuestros espíritus se harán sacerdotales,
no habrá recodos tétricos ni latín de misales
en toda la armoniosa selva de Catedrales.

Sonarán en el coro las liturgias humanas.
Al aire de los cielos se abrirán sus ventanas,
y escucharán devotas las turbas ciudadanas
al primero que pase y agite sus campanas.

Colmenas resonantes, en sus grandes panales
destilarán su miel cosas espirituales,
leyes y religiones y tráfico mundiales:
no sonarán á hueco las nuevas Catedrales.

La voz humana, hoy presa en aquel cerco adusto,
tronará, en delirantes corales, á su gusto;
y atraídos al eco de aquel himno robusto,
vendrán todos los dioses á su recinto augusto.

¡Todos! — Los primitivos de pasiones bestiales,
las deidades paganas, los mitos orientales,
la Trinidad envuelta en nubes teologales:
vendrán todos los dioses á nuestras Catedrales.

Y entonces. . . recibiendoles como un buen soberano
— árbitro, si se humillan; si resisten, tirano —,
concluirá entre todos, extendiendo su mano,
una suprema paz el Espíritu Humano.

